

consecuencias? Resulta muy interesante el primer punto de esta serie de cuestiones por la abundancia de nombres de traductores, tanto habituales como ocasionales; así como el apartado en el que expone la importancia de la traducción como arma de lucha religiosa a raíz de la Reforma protestante y tras el Concilio de Trento, y también las aportaciones de Burke en torno a los planes sistemáticos de traducción, apoyados desde los respectivos gobiernos europeos, para elevar el nivel cultural de sus ciudadanos, especialmente durante el auge de movimiento ilustrado. En este punto, da cuenta, además, de las hegemonías culturales en función de las lenguas originales y las de destino.

En general, los ensayos que contiene la obra se ocupan de poner en valor la traducción de textos de no ficción (religiosos, políticos, científicos, históricos, filosóficos, etc.). La edición española cuenta con un apéndice que contiene un artículo firmado por Fernando Bouza, cuyo título es “Necesidad, negocio y documentos. Usos de la traducción en la cultura del Siglo de Oro”, en el que focaliza la atención en la cultura española de la Corte de Felipe III y Felipe IV, y en el fomento de la traducción desde las altas instancias del Estado.

La aportación de Burke y sus colaboradores en esta monografía resulta un útil compendio cultural, sugeridor de nuevas perspectivas en la investigación en Historia de la Traducción por la abundancia y condensación de datos y referencias bibliográficas que ofrece.

Pilar MARTINO ALBA

GAMERO PÉREZ, Silvia: *Traducción alemán-español. Aprendizaje activo de destrezas básicas*. Publicaciones de la Universidad Jaume I: Castellón 2005. 321 pp.

¿Se puede aprender a traducir con un manual? Cuando uno imagina al traductor elaborando su versión de alguna magna obra de la poesía universal e inspirado por la musa como el propio poeta, puede pensar que, para llegar hasta ahí, hace falta mucho más que un manual. Si cabe, puede pensar que, sin ese talento especial y el favor de la musa, no hay manual que sirva para nada. Pero sería una gran equivocación. La musa de la inspiración llega, como decía Picasso, pero ha de encontrarlo a uno trabajando, y la traducción también tiene mucho de oficio, de práctica, de formación a base de muchas horas de trabajo. Además, la traducción literaria es una ínfima parte del ámbito profesional de la traducción, y, cuando existe una colección entera (avalada por el prestigio de la facultad de Traducción de la Universidad Jaume I) destinada a formar a futuros traductores, cabe pensar que, en efecto, todo se puede aprender y enseñar bien, por más que la traducción literaria pueda requerir, además, otro tipo de formación y, por supuesto, ese talento y sensibilidad especiales.

La obra *Traducción alemán-español. Aprendizaje activo de destrezas básicas* de Silvia Gamero Pérez es un claro ejemplo del lema de la colección. Sí, se puede enseñar a traducir, e incluso se puede enseñar a enseñar a traducir, pues dominar la disciplina como profesional es una cosa, y saberla transmitir es otra muy distinta. De acuerdo con el concepto de “aprendizaje por tareas”, cada una de las unidades temáticas del libro está organizada en torno a un tipo de texto o de “encargo real” concreto (cine alemán, viajes, últimos descubrimientos de la medicina, etc.) y apuntan a desarrollar una destreza especial (desde nociones tan abstractas como la comprensión adecuada de todos los matices del texto de partida o el desarrollo del espíritu crítico hasta destrezas tan prácticas como el uso más provechoso de los distintos tipos de diccionarios o cuestiones complejas como la traducción de las diferencias culturales). Sigue a continuación una parte dedicada exclusivamente a ejercicios de tipo contrastivo, entre ellos muchos ejercicios de análisis de errores o de falsos amigos e interferencias y muchas propuestas de traducción con “buenos consejos” (Tipps) para evitar todos estos errores. Una muy amplia Biblio-

grafía con un gran listado de recursos online complementa y apoya toda la parte práctica, si bien es el único punto algo débil que pueda tener este libro, publicado hace algunos años, pues no es posible actualizarla y tal vez ahora no resulte tan completa como al principio. Pero como la obra no sólo enseña contenidos sino también el procedimiento de aprender durante toda la vida, el futuro traductor será perfectamente capaz de desenvolverse solo y seguir investigando herramientas interesantes para trabajar.

Especial atención merecen en cada unidad las pequeñas secciones tituladas “Para saber más”, que proporcionan fuentes sobre problemas muy concretos (desde la puntuación hasta distintos tipos de vocabularios, pasando por cuestiones de maquetación y estilo), y algunos recursos muy concretos pero necesarios en la profesión y la enseñanza de la traducción, como son, por ejemplo, una tabla contrastiva de las diferencias tipográficas, un listado de las abreviaturas más frecuentes o hasta la tabla de corrección utilizada en las facultades para señalar los distintos tipos de errores (error de comprensión del texto, de adaptación a la lengua meta, de gramática, de uso del léxico, de desfase cultural, de puntuación...).

Es evidente que este manual tan didáctico y práctico, de enfoque muy funcional, está elaborado por una gran profesional de la enseñanza y, a la vez, gran profesional del mundo de la traducción. Y esto se percibe, por ejemplo, en que en todas las lecciones se empieza por reflexionar sobre el tipo de texto pero también sobre el cliente que lo encarga y destinatario de la traducción. Aunque esta reflexión parece natural y casi una obviedad, a veces una formación filológica o traductológica demasiado académica pierde de vista la realidad de la profesión y, por así decirlo, los árboles de las palabras no dejan ver el bosque del conjunto. La palabra, por extraño que pueda sonar, a veces no es lo más importante. O no hay una única palabra para la que existe una única equivalencia en la proporción de uno a uno, pues todo forma parte de un contexto, y es el resultado final lo que ha de *funcionar*. En casos extremos (por ejemplo en publicidad), para cumplir con la función, la intención de un texto, es preciso tomarse muy grandes libertades respecto al *texto* original, entendiendo texto en ese sentido estrecho de la letra escrita. Y también sucede a veces que el traductor, filólogo de formación o de mentalidad, tiene que aceptar soluciones que no le satisfacen sobre el papel pero que son las que *funcionan* en el medio correspondiente. Enseñar y aprender a ser flexible requiere reflexión e inteligencia, y en traducción es esencial, pues el medio determina las soluciones posibles y, sobre todo, determina aquellas que no tienen sentido (como sería, por ejemplo, añadir notas a pie de página en un folleto turístico, algo normal en las ediciones críticas de textos literarios), y las opciones buenas en unos casos pueden ser erróneas y hasta disparatadas en otro tipo de traducciones (por ejemplo, en el manual se analizan como errores de traducción algunas soluciones adoptadas en la literatura infantil, donde, en efecto, lo más “filológico” no dice nada e incluso confunde al destinatario de la obra).

Otro aspecto muy interesante del manual es que concede la misma importancia a los errores por interferencia cultural que a los gramaticales “de toda la vida”. Y esto no sólo es tan interesante por ser un tema de plena actualidad y porque la “interculturalidad” sea ahora un gran centro de atención de todos los estudios, sino porque es absolutamente cierto que una traducción en apariencia perfecta en cuanto al lenguaje puede presentar importantes problemas o lagunas en lo que respecta a los elementos culturales. Por otro lado, los propios criterios de traducción han cambiado: hace, por ejemplo, cincuenta años, la tendencia a neutralizar o adaptar las diferencias a la realidad española era una práctica al uso, cuando vista desde nuestra perspectiva moderna llevaba a verdaderos disparates. Pero tampoco es fácil encontrar un justo medio acertado para que la traducción sirva de puente entre ambas lenguas, entre ambos textos y sus contextos culturales, sin adaptar en exceso ni causar un excesivo efecto de extrañeza. El traductor conoce ambos mundos y para él nada es extraño, mientras que el lector está en una situación diferente: Ahora bien, tampoco conviene tratar al lector como si fuera inca-

paz de pensar o un niño pequeño), y, al mismo tiempo, el grado de adaptación de un texto también depende del contexto en que vaya a leerse (si el libro a traducir es para niños pequeños, tampoco podremos tratarlos como adultos y filólogos). Así, la variedad de ejemplos, todos ellos auténticos, que se recogen en el manual prepara al futuro traductor para desenvolverse en cualquier contexto y, sobre todo, para desplegar recursos diferentes según sea necesario y para, por una parte, ser creativo y flexible a la hora de encontrar soluciones; por otra, riguroso a la hora de decidir qué criterios aplicar y en qué apoyarse. Y esto es igualmente válido para todos los traductores, se dediquen a obras generales o a la literatura.

La intención global de esta obra está muy en la línea del desarrollo de la conciencia lingüística y de las nuevas metodologías de la enseñanza planes de estudios que apuntan a “enseñar a aprender”, a desarrollar un criterio propio, llevarlo a la práctica con coherencia, tomar decisiones y saber defenderlas. Si en cualquier profesión resulta importante esto, en la traducción lo es más aún al ser una profesión en la que no hay recetas infalibles ni soluciones únicas, sino que muchas veces todo está abierto a la decisión y al buen criterio del traductor. Un traductor, pues, tiene que tener capacidad resolutoria, para lo cual requiere una base sólida, conocimientos basados en un profundo estudio de la lengua, la cultura y la literatura del país de origen (y también del de llegada) y buenas herramientas de apoyo y consulta. Como preparación para ello, como manual para “aprender a traducir”, la obra de Silvia Gamero es espléndida.

Además, es una excelente herramienta de trabajo que no sólo puede interesar a futuros traductores sino que también tiene múltiples aplicaciones en la clase de idiomas. Se utilice o no la traducción como vía de enseñanza del alemán y se siga o no la cuidada estructura de unidades y tareas que presenta el libro, el estudio contrastivo de los errores de traducción y las interferencias de todo tipo son muy válidos para evitar errores y enriquecer la práctica de la producción escrita, e incluso podría aplicarse, de manera más libre, en la clase de español como lengua extranjera. Además, la bibliografía, los recursos web y las tablas contrastivas son tan completos que muchos profesores y traductores profesionales podrán encontrar nuevas ideas y añadirlos a sus fuentes de trabajo habituales. Sin duda, es un libro fundamental en toda biblioteca relacionada con el alemán y el español.

Isabel GARCÍA ADÁNEZ

LAFARGA, Francisco y Luis PEGENAUTE (eds.): *Diccionario Histórico de la Traducción en España*. Gredos: Madrid 2009. 1192 pp.

Según cifras brindadas por la UNESCO, el español ha sido en los últimos decenios una de las lenguas más importantes como receptora de obras y trabajos originados en otros idiomas. No es, pues, de extrañar el constante auge del arte, oficio, profesión –en todo caso, “noble menester”, como nos recordaba E. Lorenzo–, del traductor en estos últimos años, objetivamente reflejado en las titulaciones y programas académicos de Universidad española. Hasta ahora el traductor venía disponiendo de herramientas de consulta relativamente válidas, como eran los diccionarios especializados, cada vez más afinados y monográficos, y accesibles no pocos de ellos electrónicamente sin necesidad de moverse de casa. Pero el traductor y el estudioso venía quejándose de una laguna, la histórica, que reclamaba un trabajo urgente y necesario, la de coordinar y engarzar todos esos trabajos dispersos en centenares de revistas, ediciones pasadas y que suponían una nueva herramienta de inestimable valor, por más que fuera provisional e incompleta. El objetivo de tan vasto proyecto era, por tanto, poner al alcance